

MIGUEL BELTRÁN
Ciencia y Sociología

(Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, 1979, 419 págs.)

Enfrentarse como lector a un libro en cuya portada se lea simple y llanamente *Ciencia y Sociología*, no es nada fácil. De dentro puede salir, ciertamente, cualquier cosa. Pero si es difícil como lector, mucho más lo será como autor; es decir, como responsable último de todo lo que en él se contenga.

Lo que Miguel Beltrán quiso hacer de su libro aparece explicitado en la Introducción, cuando afirma que lo que pretendió fue establecer un «inventario personal» de problemas concernientes a las ciencias sociales; una «cartografía de preguntas, dudas, respuestas y polémicas», donde la melodía definitoria se expresase de la mano de la incertidumbre, y no de la seguridad (pág. 19). Ni tan siquiera, y seguimos con las mismas palabras del autor, se trataba de hacer una «filosofía de la ciencia» más o menos gloriosa, lo que para aquél sería impropio «intrusismo». En todo caso, y desde el mismo arranque, hay en estas páginas un respetuoso afán interdisciplinar, siempre y cuando el ritmo de los problemas así lo exigiese.

Actualmente, y en el terreno de las ciencias sociales, vivimos tiempos fundamentalmente de reorientaciones y reinterpretaciones. Se busca con ansiedad entender por qué las grandes y comple-

jas teorías sociológicas, que hasta el momento habían iluminado con mayor o menor eficacia la senda del extraño mundo de la ciencia social, han perdido la fuerza que tenían antaño. Está resurgiendo, y el responsable del libro que comentamos lo ha captado con suma agudeza, el viejo tema de *qué es Sociología*; la vuelta a la eterna pregunta, después de un siglo completo de operancia a toda máquina, lo que ya no nos deja defendernos con la muletilla de «la juventud de la Sociología»; la pregunta que, resucitada con enorme ímpetu, es respondida por Beltrán así, al comienzo del libro, como una invitación a la incertidumbre, como «la disciplina de las cien flores» (pág. 20).

Encontramos en este punto un primer intento de responder a aquella pregunta: la respuesta de la duda. Y así, este libro, convertido por voluntad de su autor en «colección de dudas», entronca con un mundo sociológico donde a diestro y siniestro se siguen ofreciendo soluciones que, evidentemente, no conectan con una realidad que cada vez se muestra más engorrosa y difícil de comprender y explicar. Beltrán plantea entonces una interesante colección de temas —como el de los juicios de valor— que suelen estar en la literatura al uso

más malentendidos y oscurecidos que transpuestos a un siempre glorioso clasicismo. Y los presenta con prudencia y cuidado. Quizás sea la mejor forma para no ser tratado *ipso facto* de «metafísico», con el consiguiente riesgo de que el «lector-acusador» no sobrepase la Introducción. Pero, si se me permite, me gustaría subrayar que no es lo más importante *la forma* en que el autor presenta tales asuntos; sino que es el mismo hecho de *que lo haga*, de que los presente en el momento que viven las ciencias sociales actualmente, lo que le concede su importancia.

Llama la atención el contraste de colores: cuando proliferan por doquier libros de Sociología donde se exponen múltiples concepciones y metodologías sociológicas a cual más refinada y concluyente, Beltrán empieza su libro afirmando —para no inducir a error, y con completa desfachatez en lo que supongo será opinión de más de uno— que lo que él no acaba de ver claro es el concepto mismo de Sociología; y, por ende, la formulación de una metodología sociológica que conecte con aquel concepto (pág. 21). De ahí la necesidad, altamente loable por cierto, que el autor sienta de recurrir a una siempre enigmática «cartografía de preguntas». No en vano el profesor Murillo Ferrol —que ejerce en este caso el oficio de prologoísta del libro— señala que Miguel Beltrán no adopta un punto de partida «que le impida unirse a lo que en cada caso estima verdadero» (pág. 9).

Cuando se echa mano del índice —que, como todos sabemos, es lo que normalmente se hace para empezar un libro; o mejor sería decir, para decidir si se empieza o no un libro—, uno se encuentra con tres grandes apartados. Dos de ellos hablando no ya de la ciencia social, sino de su posibilidad; y, en todo caso, de la clase de ciencia social que sea posible. El tercero, hablando del método. Y dentro de ellos, un extenso rosario con cuentas limpiamente

seleccionadas que le intentan poner a uno en suerte ante la posibilidad de la ciencia social tal y como el autor la entiende. Para comenzar, el eterno problema de avalorismo en las ciencias sociales —esa espina que los científicos de la sociedad parece que nunca se lograrán arrancar—, que Beltrán revisa partiendo del planteamiento weberiano, pasando por los de Gouldner, Nagel, Myrdal y Galtung, y yendo a parar en definitiva a la Sociología del Conocimiento y Mannheim; señalemos aquí dos añosidos al tema que son importantes, y que en el transcurrir de los próximos años ratificarán la perspicacia del autor al colocarlos donde lo hace: me estoy refiriendo a la nueva orientación crítica de Habermas, y al recurso a la nueva hermenéutica, que está mostrando tener mucha fuerza.

Sentado fundamental y básicamente que el problema de *qué* es la Sociología está implicando otros tres tipos de problemas o aspectos distintos; a saber: a) ontológicos; b) epistemológicos, y c) metodológicos; y planteado que —como se anuncia en la Introducción— una vez más, y quizás siempre, estamos «como al comienzo», Beltrán pone manos a la obra de mostrar algunas de las principales interpretaciones de lo que la Sociología puede ser: el positivismo y su disputa con la teoría crítica, la fenomenología social, la sociología marxista, y el estructural-funcionalismo. Ante la avalancha de modelos de tanto peso, Beltrán concluye con una reflexión precisamente acerca de la necesidad o no de pensar en modelos.

El cierre del libro se realiza con una detenida revisión del método de las ciencias sociales, planteándolo desde Feyerabend hasta el reencuentro con el «verstehen» weberiano, para terminar en la vieja dicotomía razón-ciencia.

Con todo lo dicho, el lector potencial del libro bien podría afirmar, sorprendido: «¡Pero, *eso* es *toda* la Sociología!». Incluso, al ir leyendo este libro,

uno se siente literalmente aplastado por la rapidez y erudición de los argumentos. Pero, como también seña a acertadamente el prologuista, se produce aquí una casi perfecta conjunción entre aquella erudición y la claridad de ideas; incluso, de esas cuatro o cinco ideas que muy bien subraya Beltrán como el eje del asunto sociológico, y que son replanteadas una y otra vez sin encontrar solución positiva última.

Detengámonos por un momento en una de ellas, de especial valor epistemológico; una de las piezas fundamentales de la ciencia sociológica y, por tanto, y asimismo, del libro que comentamos. Me refiero al planteamiento del tema del llamado «pluralismo cognitivo», área adonde van a desembocar las dudas epistemológicas de las ciencias sociales; una manera de plantear la almendra del asunto en Sociología. Después de las formulaciones ya clásicas de Popper, Kuhn, Feyerabend, Lakatos, Merton y tantos otros, y a la vista de lo que acontece en las ciencias sociales contemporáneas, ¿qué ocurre con las diversas y a veces contradictorias interpretaciones de lo social que coexistieron malamente en el pasado, e igual hacen todavía en la actualidad? Por un lado, están las llamadas al «pluralismo cognitivo» del Merton maduro. Por otro, los esfuerzos «integracionistas», o «monistas» de gentes como Kuhn. Beltrán coloca su bien elaborado escepticismo en el enjuiciamiento de las disputas entre las diversas opciones. Referido, en primer lugar, a la presencia paradigmática en Sociología, afirma: «Pese a que en la Sociología actual hay una multiplicidad de paradigmas compitiendo entre sí, muchos de ellos incompatibles, creo que no puede calificarse a tal situación de multiparadigmática si con ello se alude, aunque sea por connotación, a un futuro (mono)paradigmático más o menos cercano, porque no parece que ése haya de ser el caso». Y, después, hablando del integracionismo que algunos

autores creen ver en los procesos de las distintas corrientes sociológicas, dice: «...no comparto la fe en la integración de la teoría sociológica, y ello porque entiendo que *cualquier* solución monista sería inadecuada, en tanto que solución *única*, al objeto de conocimiento» (página 302).

Son dos afirmaciones arriesgadas, que pretenden concluir un buen número de páginas plagadas de argumentos y explicaciones. ¿«Pluralismo cognitivo», como resultante obvia y, en definitiva, en esa vertiente «relacionista» que Beltrán toma de Mannheim? El tema es complicado y difícil. Porque, como el mismo Beltrán llega a decir, no se trata de hacer sincretismo ni eclecticismo: las objeciones para la defensa de una posición como esta última surgen por todas partes; hablar de «síntesis» metodológica y epistemológica de las distintas corrientes actuales, efectivamente, no parece tener mucho futuro. Por otro lado, surgen problemas a la hora de situar el mismo discurso científico que hacen inviable en absoluto cualquier intento de síntesis (y, a veces, de simple entendimiento). Hace aproximadamente quince años tuvimos una excelente muestra de cómo dos posiciones sociológicas eran incapaces de entenderse o comunicarse, al encontrarse en niveles lingüísticos, conceptuales y referenciales completamente distintos; me refiero a aquellas sesiones de debate científico que después tomarían la forma del libro titulado *La disputa del positivismo en la sociología alemana*. Y, pasado el tiempo, *mutatis mutandi*, tenemos otra buena muestra del progresivo entendimiento —a veces, de una insoslayable franqueza— que caracteriza los encuentros del «crítico» Habermas con el «hermeneuta» Gadamer¹, por un

¹ Sobre esta polémica, y la referencia a alguna bibliografía sobre la misma, puede consultarse mi artículo "Hacia la construcción de una teoría de la interpretación: en torno al debate Habermas-Gadamer", *REIS*, 14, 1981, págs. 47-68.

lado, o con el «sistémico» Luhmann, por otro². O, ampliando el marco referencial, las corrientes de pensamiento social que se han avenido a integrar lo que Muguerza ha denominado la «plataforma de giro lingüístico»³.

Pero no nos engañemos. No se puede afirmar, así, con rotundidad, que *se haya alcanzado* la integración epistemológica soñada por algunos. En absoluto. Y, probablemente, ninguno de los que participan en la citada «plataforma» —desde el último Wittgenstein hasta Habermas, pasando por Apel y la filosofía del lenguaje ordinario— esté buscando una perspectiva integradora de la ciencia social.

¿Qué queda, pues? Parece consumada, y Beltrán lo señala con precisión, la quiebra de los «modelos» al uso en ciencias sociales, como es el caso del «marxista-ortodoxo», o del «estructural-funcionalista». El problema ahora no es ya «recambiar el modelo». ¿Qué queda, pues? ¿Un «pluralismo cognitivo», sea del estilo que fuese? En ese caso, habrá que distinguirlo de las formas perspectivistas o sincréticas que puedan ponerlo en tela de juicio. No todo vale en ciencias sociales; y, a la vez, no todo es lo mismo. Porque el sempiterno dilema «verdad-falsedad», que se encuentra en el origen del estudio científico de lo social debe ser abordado, asimismo, de una forma válida y congruente. En suma, ese citado «pluralismo cognitivo» plantea serios problemas epistemológicos, algunos de ellos de corte clásico; los mismos que se veían solucionados por el «modelo» o por el «paradigma». En este sentido, este cambio muy bien puede ser interpretado como una auténtica aventura científica e intelectual.

² Una buena muestra de este debate es el libro editado conjuntamente por Habermas y Luhmann, titulado *Theorie der Gesellschaft oder Sozialtechnologie*, Suhrkamp, Frankfurt, 1971.

³ Véase J. MUGUERZA, «Esplendor y miseria del análisis filosófico», en *La concepción analítica de la filosofía*, selección del mismo Muguerza, Taurus, 1974.

No debe leerse en esto mi rechazo del «pluralismo cognitivo». Antes al contrario, creo que, en el panorama sociológico actual —y, muy especialmente, en el español— hace falta entrar a examinar los problemas con que nos enfrentamos los científicos de la sociedad por esa vía. Me sitúo, por tanto, en el mismo punto en que lo deja Beltrán: en la duda; en la puerta abierta; en el saber «lo que no debe ser», al menos. Porque esto es ya, en sí mismo, un principio científico.

Pero, de todas formas, no podemos obviar el problema que se plantea a continuación: ¿hacia dónde conduce ese «pluralismo cognitivo»? ¿Cuál es su alcance? Y aquí es donde me muestro escéptico y dubitativo. Es de apreciar el buen ojo de Beltrán al señalar el camino. Pero habrá que pedirle el tremendo esfuerzo de desarrollo. Aunque sólo sea para que rompa escepticismos que se parezcan al mío.

En conclusión, quiero ver en esto el mejor hallazgo del trabajo: rehuir esas soluciones que pueden ser fáciles —cuando no queda más remedio, como es el caso—, reencontrando, en última instancia, dentro de la Sociología «esa conatural inclinación a dudar de sí misma», en perpetua tensión con su vecina, la filosofía, por un lado, y por otro reafirmando el estudio científico de lo social (pág. 400).

Todo ello hace que este libro sea recomendable para los científicos sociales en general, como una invitación a la reflexión sobre asuntos que cada vez les conciernen más; y también para aquellos otros que pretenden, o bien darnos una explicación conclusa y cerrada de la coreosa realidad social, o bien —lo que muchas veces es otra manera de hacer lo mismo— ideologizarnos a punta de bayoneta sociológica. A debelar ambas pretensiones está en cierto modo dedicado el libro.

RICARDO MONTORO ROMERO